

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de

D. Miguel Sawa.

15 CENTIMOS NÚMERO
Idem atrasado, 30.A CORRESPONSALES Y VENEDORES
25 Números, 2,50 pesetas.

DIALOGOS

—¿Ese quién es?
—Es un ser que, sin temor á la crítica, se ha llegado á enriquecer.
—¿Cómo?
—Perdiendo en política todo lo que hay que perder.

—¿Quién es ese?
—Un empleado.
—¿Qué sueldo tiene?
—Tendrá mil pesetas.
—¿Mil pesetas?
—Y cómo puede gastar tanto lujo?
—Es un misterio... como el de la Trinidad.

—¿Quién es esa?
—Una viudita.
—Chico, ¡qué elegante val!
—¿Y de qué vive?
—Pues vive... vamos, de la viudedad.

VICENTE RUBIO.



ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID....	Un mes..... 1 pesetas. » trimestre..... 2,50 » año..... 10

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS.	Un trimestre..... 3 pesetas. » semestre..... 6 » año..... 12
EXTRANJERO...	» año..... 15

CASTELAR

(FRAGMENTOS DE SUS OBRAS)

Precio: 3 pesetas.

A los corresponsales y suscriptores de DON QUIJOTE, 2,50 pesetas.

OCTAVA DENUNCIA

Ha sido denunciado el último número de DON QUIJOTE. ¿Por qué? Preguntádselo á ese pobre fanático de Liniers, que acaso él pueda contestaros. Porque es necesario que se sepa que desde hace algún tiempo viene dándose el caso extraño de que las denuncias de los periódicos se hagan en el gobierno civil. ¡La prensa sometida al criterio del Sr. Gallo Alcántara! Era todo lo que nos faltaba que ver. Pero, ¿qué entiende ese pobre señor de leyes de imprenta ni de la libertad del pensamiento? ¿Sabe, acaso, siquiera, el exredactor de *La Gorda* lo que es arquitrabe?

**

Es de esperar que no sea ésta la última denuncia con que nos favorezca el Sr. Liniers.

Nosotros somos—valga la comparación—como el señor Silveira; nos doblamos, pero no nos rompemos.

¡Vengan, pues, denuncias, Sr. Gallo!

Para resistir todas estas demasías del poder nos sobra corazón... y lo otro.

Conque... ¡atención, y mano al lápiz rojo!

LAS DOS DEMAGOGIAS

En España nunca hubo radicales. Hubo gritos, agitaciones, perturbaciones, sangre, nada más. Ha habido muchos motines, revolución no ha habido. La lucha con lo pasado se ha ido haciendo á retazos, á empujones, á pellizcos. De ahí que después de casi un siglo de estériles sacudimientos, cuando todas las naciones cultas han cerrado ya para siempre su ciclo revolucionario, la revolución en España todavía está por hacer.

Esto por lo que atañe al pasado. En lo que al presente respecta, ¿es justa la paridad que se pretende establecer entre la que se llama demagogia negra y la que se apellida roja? Para fallar equitativamente ese pleito, hay que fijarse un poco en lo que quieren los reaccionarios y lo que queremos los que en esta tierra de ciegos, llevamos el sambenito de radicales. Tan pronto como sobre ello se reflexiona, al punto se desvanece la pretendida igualdad entre las dos pretendidas demagogias. En punto á libertad de conciencia, los reaccionarios quieren ellos imponer la confesional y dogmática. ¿Es que nosotros queremos imponer á nuestra vez una enseñanza antireligiosa? No; nosotros defendemos tan sólo la enseñanza laica, ajena á todo espíritu de secta, neutral entre todas las confesiones, extraña é indiferente á sus querellas. En lo que toca al matrimonio, conspiran ellos por imponer á todos la forma del sacramento. ¿Es que nosotros intentamos prohibir que las gentes se casen por la iglesia? No; nosotros mantene-

mos el matrimonio civil como institución del derecho común.

En achaque de cementerios pretenden ellos que no existan más que los suyos, y que los cadáveres de los disidentes sean pasto de los perros. ¿Es que nosotros tratamos de echar á los perros sus cuerpos? No; queremos sólo que cada cual tenga sitio adecuado donde dormir, sin ser profanado ni profanar, el sueño eterno. En política ellos pugnan por declararnos ilegales. ¿Pugnamos nosotros por ponerles á ellos fuera de la ley? No; sino por el establecimiento de una legalidad común que á todos por igual ampare. En penalidad ansían ellos castigar en nosotros nuestras opiniones. ¿Ansiamos nosotros castigar en ellos las suyas? No; sino hacer consagrar para todos la libertad del pensamiento y la palabra. Y así sucesivamente.

No hay, pues, dos demagogias, una del pasado y otra del porvenir, una negra y otra roja. No hay dos fanatismos; uno de la reacción y otro revolucionario.

No hay dos intransigencias; una clerical y otra clerofoba; no, en España nunca hubo en realidad, ni al presente existe, sino una sola intransigencia, un solo fanatismo, una sola demagogia: la de los apóstoles, los amantes de las cadenas, los fautores de la guerra civil, los ultramontanos, los neos, los nocedalinos, los vaticanistas, aquellos que no se limitan á defender su derecho sino que pretenden imponerse á los demás. Porque cualesquiera que sean las crudezas de la expresión, los ardores de la lucha, mal puede tildarse de intransigente, fanática y demagógica á la modestísima pretensión de que los demás nos dejen pensar, creer, sentir, estudiar, hablar, escribir, casarnos, ser enterrados y adorar á Dios como mejor nos acomode.

ALFREDO CALDERÓN.

NUESTROS HERMANOS DE AMÉRICA

¡CAISTE!

(A ESPAÑA)

Roble, ¡caiste! Escúchase el ruido que hiciste al descender. Aves gentiles no hallan el coro de tu copa. Un nido hicieron en tu vientre los reptiles.

No cantan glorias inclitas el Duero; ya no fulgen las cumbres del Moncayo; que la caja de hierro del banquero quebró la hoja triunfante de Pelayo.

¡Pobre España! ¿Tu espíritu?... No basta. ¿Qué tu alma es condor inmortal?... ¿Y luego?... Han cambiado los tiempos: hoy te aplasta con su carne de ciclope el labriego.

El estampó en tu rostro su vileza, y te aturdió su tosca cornamusa: porque hoy, entre el cendal de tu realeza y la blusa de dril, manda la blusa.

El vió desde la fábrica tus ruinas, y se fué contra ti, sañudo y fiero; y te pintó el hollín de sus cocinas con sus manos atléticas de obrero.

El, mozo; tú, senil; tú, sumergida en la vaga penumbra del letargo; tú decrepita y débil y dormida... ¡Y él no tiembla de miedo sin embargo!

¡Heroico pueblo yanqui! ¡Eres orgullo del mundo! Vencedor en tus querellas, ¡pueblo púgil, salud! ¡Qué timbre el tuyo, glorioso pabellón de las estrellas!...

¡Tú, España, apaga tu pasión gloriosa! ¡Que no estén en la luz tus ojos fijos! ¡No ves, mujer, que ante tu faz rugosa se están riendo de ti tus propios hijos?

Dicen que tienes la pupila oscura, que eres un sucio guñapo de gitanas... ¡Y no miran la luz con que fulgura el venerable nimbo de tus canas!

¡Y su burda cabeza omnipotente corona de laureles tu enemigo! ¡Mundo, apláudite! ¡Es Hércules valiente, que atropella al caduco y al mendigo!

De opulencia y vigor es su prestigio. —Vanderbilt rico y Colbert el nervudo. —Ese pueblo no lleva el gorro frigio, sino un gorro judío, en el escudo.

¡Guárdate de él! ¡Huraño y cejijunto, te ve desde el umbral de sus talleres. ¿Te acuerdas, madre?... Allá se hundió Sagunto bajo el peso de humildes mercaderes.

¡Pobre España! no dejes el terruño; viejecita, ¡no salgas de tu lecho!... Hoy es tiempo del boxer, y el rey Puño no concede á los débiles derecho.

SANTIAGO ARGÜELLO H.

León (Nicaragua).

EN HONOR DE LA MONARQUÍA

¡Bienaventurada la monarquía, que goza del singular y excelso privilegio de no incurrir nunca en culpa y de asumir todos los méritos! Ella forma la nacionalidad mediante el casorio de Fernando é Isabel. Ella atraviesa el Océano en las carabelas de Colón para descubrir nuevos mundos. Ella combate y triunfa en Pavia y San Quintín. Ella destruye el imperio de los aztecas por mano de Cortés y el de los incas por el esfuerzo de los Pizarros y Almagros. Ella humilla en Lepanto el poder de la media luna. Ella anexiona á Portugal. Ella administra con previsora discreción, por intermedio de los Arandas y Floridablanca. Ella escribe el *Quijote* y *La vida es sueño* con las plumas de Cervantes y Calderón. Ella pinta el «San Antonio» y «Las lanzas» con los pinceles de Murillo y de Velázquez. Ella erige el Escorial sobre los planos de Herrera. No hay bien, no hay merecimiento, no hay grandeza que á la monarquía no se deba.

Flaquezas no, desastres no. En Rocroi no fué vencida la monarquía, sino el conde de Fuentes. En Trafalgar no fué vencida la monarquía, sino el almirante Villeneuve, ó á lo sumo Churrua y Gravina. La voluntad nacional, que no Felipe II, llevó el haz de leña á las hogueras de la Inquisición. No fué Felipe IV, sino Olivares el que perdió Portugal. De la imbecilidad de Carlos II son culpables los que le hechizaron. Si Carlos IV fué lo que no puede decirse, obra sería de Godoy. Riego y no Fernando VII nos hizo perder el continente americano. Isabel II fué siempre una soberana sinceramente constitucional. Las guerras civiles que vienen ensangrentando, arruinando y deshonorando á España, no son efecto de rivalidades dinásticas, sino de nuestro nativo instinto de discordia. Ningún mal, ningún per-

DON QUIJOTE



La vuelta de Mambrú



¿A que va á resultar que soy yo el único responsable de la rendición de Santiago de Cuba?



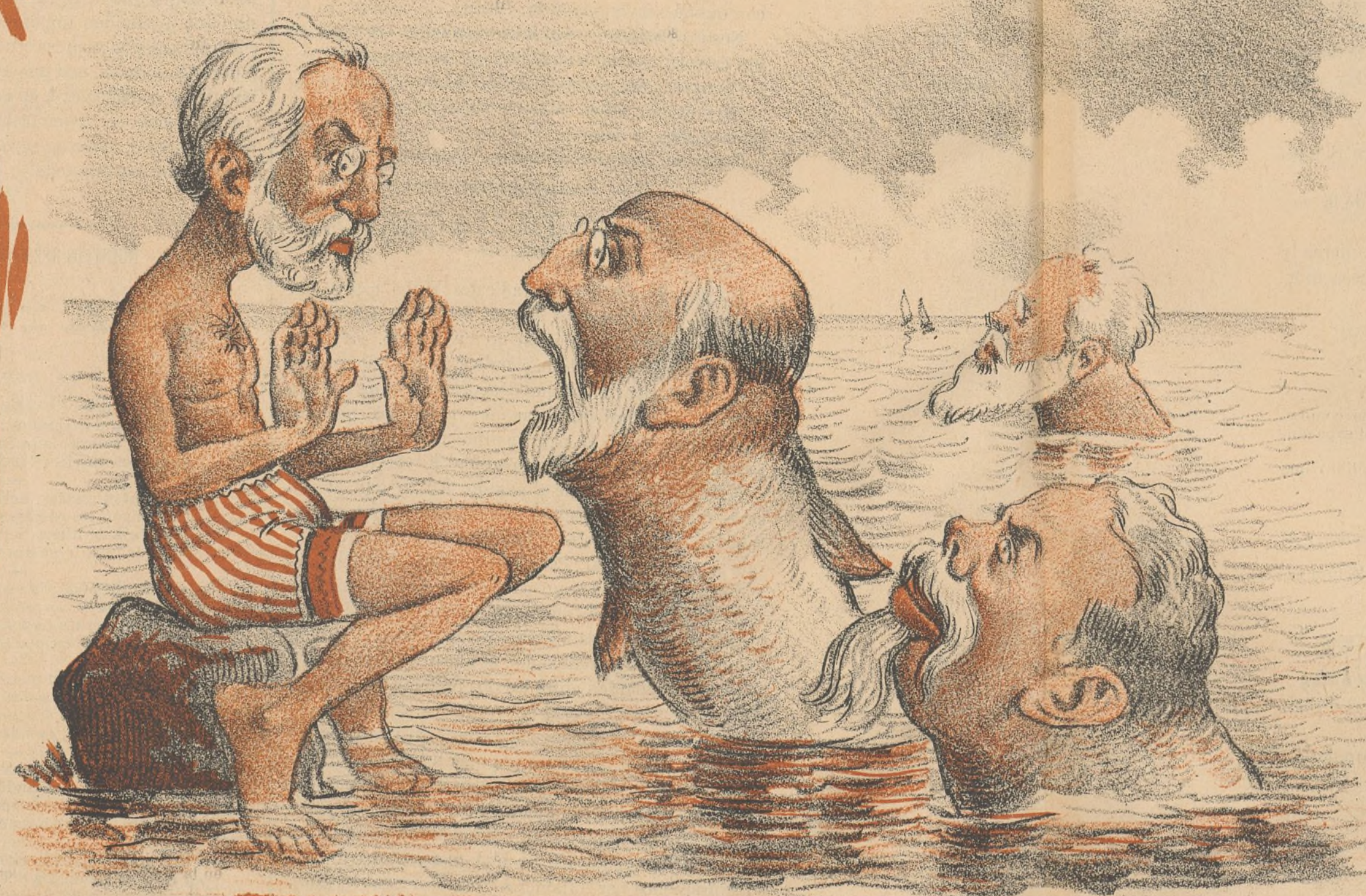
Labrándose su tumba.



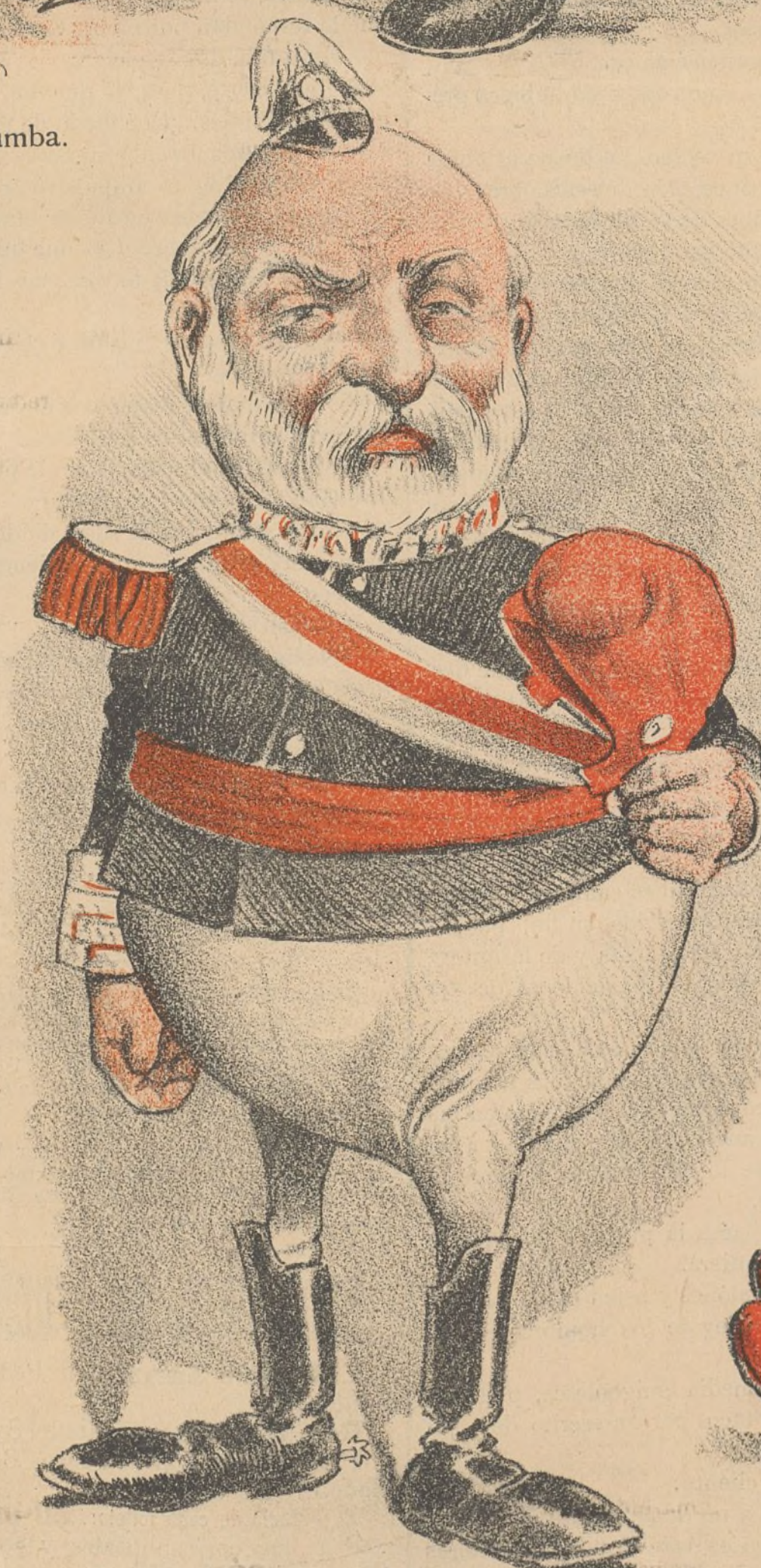
El ama seca del gobierno.



Nuestros jesuitas.
Fulano Liniers y Gallo, gobernador de Madrid



No enseñes en la playa la pantorrilla, que hay muchos tiburones junto á la orilla.



La concentración democrática, ¿ó se pondrá al fin el gorro?



La peste bubónica y yo, dos calamidades.

Ayuntamiento de Madrid

juicio, ninguna ruina ó decadencia nos han venido de la monarquía.

MARASMO

Parece que aquí no ha pasado nada. Después de la agitación más ó menos industrial de hace algún tiempo, todo ha quedado convertido en una balsa de aceite.

El país, aparentemente cuando menos, está tan tranquilo; ni la historia de la capitulación de Santiago de Cuba, que ha estado de nuevo sobre el tapete, le preocupa; ni la bancarrota á que caminamos, ni la intervención extranjera que nos amennaza, ni nada, en fin, de cuanto nos debiera apenar, nos quita el sueño.

Dióse cerrojazo á las Cortes, fuese la familia real á respirar las perfumadas brisas de San Sebastián, comenzaron ministros y diputados el veraneo, y á los problemas pendientes que los parta un rayo, al país que se lo lleve la trampa.

Estamos otra vez en pleno reinado del marasmo.

Pareció por un momento que el país despertaba y se decidía á cambiar de postura; pero todo ello fué arrebató histérico, convulsión epiléptica, movimiento impremeditado, que ni siquiera llegó á tener caracteres de consciente.

Nos quejábamos porque nos dolía, pero sin que la sensación de dolor llegase á determinar á la voluntad á obrar.

Mostró el país que no estaba muerto, puesto que el sinapismo de la obra económica de Villaverde le levantó ampolla; pero no ha demostrado aún que esté en aptitud de curarse de los grandes males que le afligen y devoran.

PROGRESO

I

A la puerta del ventorro, sentados bajo el parral que con sus pámpanos verdes movediza sombra da, comiendo un plato de migas, en santa fraternidad está la cuadrilla toda del señor Quico el Pardal.

Famosa por sus hazañas en el arte de robar á campo abierto y luchando con cuantos peligros hay, es dueña de la comarca y reina de modo tal que la agasajan las gentes por donde quiera que va.

II

Cuando en la fuente quedaban las cucharas nada más y ya sin alma la bota estaba para expirar, subiendo por la vereda que viene de la ciudad apareció el señor Quico sobre un hermoso alazán.

III

—A la paz de Dios, señores—dice el bandido al llegar, y—A la paz de Dios—responden con respeto los demás. Y después de echar pie á tierra y un trago al cuerpo, y limpiar con el dorso de la mano su barba, canosa ya, así dice á su cuadrilla, con un tono paternal: —Hijos míos, el progreso es ley de la humanidad, y lo veréis adelante donde quiera que vayáis. Nosotros los bandoleros, para ganarnos el pan, hemos vivido hasta ahora sin dormir ni descansar, aquí huyendo, allí matando de frente, en lucha campal, siendo fieras, cuando somos hombres como los demás.

En este tiempo esa es cosa que no pega, la verdad. Así, la ley del progreso que debemos acatar ha cambiado nuestro oficio de manera radical.

Lo veréis si en lo que pasa en toda Europa os fijáis; unos, muy piadosos, fundan un asilo ó hospital, lo administran y se comen los enfermos además; los otros, más atrevidos, forman una sociedad para hacer cambiar el mapa ó para otro asunto igual; valientemente los menos, cobardemente los más, se lucran á costa ajena y viven en santa paz.

Conque así, quietos hijos, marchemos á la ciudad, y poniéndonos levita, ó abrigo de piel ó frac, y abandonando el trabuco, que de nada sirve ya, vamos todos á ser unos caballeros, y... á robar.

EL GRAN TEATRO

¡Ah, sí!—dirá el lector.—Ya sé cuál es el gran teatro para un autor dramático que vive en París. El teatro Francés.

—No, señor.

—El Gimnase.

—No.

—El Vaudeville.

—Ni mucho menos. Y no se canse usted en discutir, que no dará con ello.

El gran teatro para mí es el *Guignol* de los Campos Elíseos.

Ríome yo de los dramaturgos modernos, franceses ó españoles. Allí, allí es donde se ve la comedia esencialmente humana; lo dicen los críticos contemporáneos.

¡Cuántas veces, al pasear por aquel sitio, donde hay en muy poco espacio de terreno cuatro ó cinco teatros de esos, he ocupado una silla entre una niñera y un espectador infantil, entre una señora mayor y un ama de cría!

Y nunca he sido el único espectador barbudo.

Por cada niño he contado lo menos dos ó tres hombres hechos y derechos, sin referirme al público que ve la función desde fuera y que se compone en su totalidad de espectadores cuya edad varía entre los treinta y los cincuenta años.

Mis hijos me piden el sábado que les lleve á donde se represente un melodrama patriótico ó una gran comedia de magia.

Pídoles yo á ellos que me lleven al *Guignol*, y todos tenemos razón, porque ellos comienzan á vivir y yo acabo.

El teatro de los niños es el más práctico; pero como la infancia no razona, no puede apreciarlo.

—¡Oh, sí! En el *Guignol* re rinde culto á la literatura realista mejor que en los libros de Zola ó en los dramas de Dumas.

Las cosas suceden tal y como en la vida.

La verdad es allí como la definía San Agustín. *Verum est quod est*.

No hay más que asistir á una representación para convencerse de ello.

En todos esos dramas de un cuarto de hora de duración, el marido y la mujer se llevan muy mal, y á cada dos por tres andan á la greña.

La justicia interviene. Los magistrados sucumben á los estacazos, filosóficamente distribuidos por acuerdo. Aspiración general y muy humana, que en los dramas de «verás» resultaría inverosímil, pero que da gran placer al público de dos cuartos.

¡Sale el gendarme... le matan á palos!

¡Lo que harían todos los hombres si no hubiera persidios y horcas!

Nadie está contento de su vecino. La buena armonía no entra por nada en la concepción de estas obras dramáticas, más trascendentes de lo que parece.

El marido se gasta cuanto gana en vino.

La mujer es una víctima, como de costumbre en la vida. Se harta y se va con otro. El esposo, tan lógico como infiel, se da por ultrajado y lleva á mi señora doña Cansada ante los tribunales. El juez la guiña el ojo, porque es bonita. Casos se han dado. De esto resultan complicaciones, disgusto general, palos y bofetadas. Aquello no es ya un drama, es la sociedad en miniatura, con todas sus pasiones expresadas debajo de tierra por un cómico invisible, cuya voz parece la del instinto humano que guía á los personajes humanísimos de la obra.

Los niños ríen y aplauden cada vez que se arma un rifirrafe, y se ponen del lado del que pega, porque desde la edad más tierna creemos todos que el más valiente es el mejor, y el que sale vencido más cobarde.

¡Qué alegría cuando el birrete profesional va por los aires!

¡Qué satisfacción la del público cuando al guardia le sacuden el polvo!

Como que el público no infantil se compone de criados, niñeras, soldados, gente oprimida, en fin, para la cual el espectáculo de la ley atropellada y de la autoridad por los suelos debe ser goce parecido al de ver arruinado al amo.

Los anarquistas y los demagogos que celebran reuniones públicas no han inventado nada más práctico que estas comedias, improvisadas tal vez, pero en las que el ignorado autor es, antes que tal, conocedor del mundo y hombre que sabe lo que aplaude siempre el sentido común incipiente.

—¡Ah, señor mío!—exclama la mujer—¿por qué se ha de hacer lo que usted quiera?

—¡Porque yo llevo pantalones y usted no!

Que es la eterna tiránica ley de los hombres contra las mujeres.

El abogado, en otra comedia guignolesca, presenta una cuenta de diez mil francos por un escrito de ocho renglones.

—¡Ladrones!—grita el cliente.

—¡Así aprenderá usted á no llamarme nuncal!

Lo repito: el gran teatro es este donde los autores son de palo, como casi todos los que vemos en los teatros grandes

No cobran sueldos absurdos ni hay que poner sus nombres en cruz en los carteles.

El autor no está expuesto á que una sala llena de hipócritas le acrimine y le silbe por decir la verdad, y las comedias, no sólo ya son reflejos de las costumbres, sino fotografías de la existencia real, donde todas las pasiones tienden á fastidiar al prójimo con móvil egoísta.

Antes de que Dumas dijera el ya célebre *¡mátala!*, ya *Guignol* había matado mil veces á palos á la esposa infiel, ¡con aplauso de un público sano que á los siete años aplaude lo que siente y á los cuarenta silbará lo que razona!

EUSEBIO BLASCO.

LANZADAS

—Ruego á vuesa merced, mi amo y señor don Quijote, que baje la voz y no hable recio, que pudiera oírnos Jiménez Castellanos.

—¿Y qué tenemos nosotros que ver con el capitán general de Madrid?

—¡Anda, anda! ¿Pero no sabe vuesa merced que todos los españoles estamos sujetos al fuero militar?

—¿Qué dices, Sancho? ¿Pero ha sido declarada la Península en estado de guerra?

—No lo sé á punto fijo, señor; pero pregúnteselo vuesa merced á los señores Urquía y Escamilla, famosos redactores de *El Nacional*, condenados por obra y gracia del Sr. Jiménez Castellanos á seis meses de arresto, por uno de esos llamados delitos de imprenta. —Tú debes estar equivocado, Sancho. ¿Y la Constitución? ¿Es que se puede prescindir de lo mandado en ella porque así se le antoje á cualquier autoridad?

—Pero, venga acá, señor, y déjese de reflexiones progresistas. ¿No sabe vuesa merced que en este país no hay más razón que la sinrazón, y que eso de la ley es letra muerta? Aquí quien manda manda, y cartuchera en el cañón. Hoy será Jiménez Castellanos, y mañana será otro que tal baile.

—No puedo creerte, Sancho. ¡Atropellar la ley una autoridad! ¡Eso sí que son molinos de viento de tu fantasía!

—Bueno, será todo lo que vuesa merced quiera; pero que le respondan por mí *El Capitán Verdades* y el señor Escamilla.

—¿Será cierto, pues, lo que dices, Sancho? ¿Pero en qué país vivimos? ¿Qué modo de gobernar es éste? ¡La prensa sometida, ora al criterio de un pusilánime como Liniers, ora al de un impulsivo como Jiménez Castellanos! ¡Digo que no puede ser tamaño disparate!

—Crea vuesa merced lo que quiera, pero le ruego nuevamente que baje la voz, pues las paredes oyen y á Segura llevan preso.

—¡Callar! ¡No en mis días! ¡Gritaré hasta que me oigan los sordos!

—Vuesa merced sigue loco de remate, y acabará por dar con sus huesos en el Modelo.

—Si todos gritáramos, si en la prensa hubiera unión, otro Gallo Alcántara nos cantara.

—Mire, señor, que el oficio de desfacedor de entuertos es muy peligroso en estos tiempos de Mataix y Reparaces.

—¿Quién dijo miedo?

—Nadie, señor, ni siquiera el general Blanco. Si aquí todos somos unos héroes para andar por casa.

—Yo he de luchar siempre por los fueros de la verdad y de la justicia.

—Pues Dios le libre á vuesa merced de Liniers y Castellanos. Y no digo más; pero atégase vuesa merced á las consecuencias.

LIBROS

Alfonso Tobar es el poeta de los cantares. Nadie como él le ha «tomado» el estilo al pueblo y nadie como él sabe sintetizar en cuatro versos todo un poema.

Mis cantares—el último libro de Tobar—es un libro que merece leerse y hasta aprenderse de memoria. ¡Vengan esos cinco, Alfonso!

Biografía de Pedro Kropotkin, por Anselmo Lorenzo, y *El problema social*, por Pedro Kropotkin.

Folleto publicado por *La Revista Blanca*, cuya lectura recomendamos á nuestros lectores.

BIBLIOTECA DE "DON QUIJOTE,"

El Padre Sanz, por Pedro Barrantes. (Denunciado.)

Don Carlos, por Miguel Sawa. (Denunciado.)

Polavieja, por Pedro Barrantes. (Denunciado.)

Precio de cada folleto: **20 céntimos.**

Para los corresponsales y suscriptores de *DON QUIJOTE*, **15 céntimos.**

MADRID.—Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca 18.